

DISCURSO LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS
LETRAS EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE D. FRANCISCO BERMÚDEZ
DE CAÑAS, DEÁN DE LA SANTA METROPOLITANA Y PATRIARCAL
IGLESIA HISPALENSE.

Señora: (1)

Dificultad grave experimenta mi alma al cumplir el deber que le impone la honrosa distinción con que vuestra bondad, señores Académicos, ha querido favorecerme, llamándome al seno de esta Real y esclarecida Academia, donde tan ilustres y sabios varones dejaron la huella luminosa de sus pensamientos, y cuyas colosales figuras, evocadas por la imaginación, ofuscan con su grandeza, y acrecientan la justa timidez que causa al ánimo, la respetabilidad y merecido renombre de los que sólo pudieron hallar móvil, que les llevase á otorgarme merced tan señalada, en el designio de proporcionar con ella, á mí, el estímulo que alienta al amator de la ciencia, y á vosotros, el noble placer que acompaña al docto consejo y á la sabia enseñanza: no otras pudieron ser vuestras justificadas intenciones, vista la pobreza de mis merecimientos y considerada la pequeñez de mis facultades.

Mas ya que habeis querido distinguirme en tan alto grado, haciéndome como uno de vosotros, aliente mi natural temor vuestra benevolencia, y dé fuego, vida y colores al desmayado espíritu; que, si en las regiones tropicales la vegetación es más exuberante y precoz y los frutos más tempranos, aquí, al calor vivificante de vuestras ideas, en la templada región de vuestra acrisolada doctrina, y empapada la conciencia con el rocío de

(1) Presidía el acto S. M. la Reina D.^a Isabel II de Borbón.

las grandes inspiraciones morales, que nos legaron nuestros predecesores, mi alma, plantá apenas nacida á la vida de la ciencia, crecerá en la verdad, hasta obtener la robustez y lozanía del recto juicio, y con él, el entusiasmo y valor necesarios para reunir esas grandes luchas á que está llamada la inteligencia, en la universal invasión de ideas y principios que menoscaban y pervienten en nuestros días los immaculados derechos de la verdad, de la justicia y del bien.

Por eso al penetrar por primera vez en este sagrado recinto, yo el último de los obreros de la verdad católica, que es la adoración de lo infinito, que es la filosofía, que es la ciencia, que es la poesía, que es el arte, que es la ley que garantiza los grandes derechos y sanciona los grandes deberes sociales de la humanidad; yo, que guardo en mi corazón una fé inquebrantable, manantial de claras certezas para mi pensamiento; una esperanza viva, cuyas misteriosas irradiaciones me dejan columbrar en no lejano término el triunfo decisivo de la verdad revelada; yo, en cuyo pecho se agita y enardece el amor apasionado hacia mis hermanos, hacia la gran familia humana, cuyas glórias me alientan, cuyas desgracias me entristecen; yo, señores Académicos, traigo en mis labios en este día, como acento de fraternal saludo, como síntesis de todas mis ideas, de todos mis sentimientos, de todas mis aspiraciones, una palabra, un Verbo que, colocado en el gran vértice de los dos mundos, ilumina todas las corrientes de la Historia y estrecha en personal alianza lo finito con lo infinito. Oid esa palabra: ¡Jesucristo! Jesucristo, primera luz que nos ha sonreído entre los ensueños de la inocencia, virtud poderosa que refrenó nuestras juveniles pasiones, centro de nuestros más castos amores, idea regeneradora que libamos de los labios de nuestras madres, como la miel dulcísima de todo delicado afecto poesía arrobadora que convierte en cielo la existencia; Jesucristo, cariñoso amigo que nos acompaña en la vida, y que, antes de derramar su mirada santificadora sobre el sepulcro que guarda nuestras cenizas, recoge el alma y la conduce á la Patria del eterno gozar.

No extrañéis, señores Académicos, que, al comparecer en vuestra presencia, escude mi ignorancia tras de ese nombre, ante quien los cielos inclinan la frente y dobla humilde la tierra

su rodilla; no es que, temeroso de los acerados dardos de crítica descontentadiza ó menos indulgente, oponga, como armadura impenetrable á sus censuras, la aureola de caridad que le circunda, nó: con la verdadera sabiduría mora siempre la clemencia. Es que, buscando base bastante sólida, bastante ancha, en donde cimentar el edificio de la ciencia, no encuentra ni razón otra que la piedra que, desechada por los que edificaban en el mundo antiguo, fué constituida vértice del ángulo, y sobre la que el dedo de Dios grabó el eterno lema que la defiende del rudo choque de todas las iras y todas las soberbias provocadas por el genio del mal. Es que en Jesucristo halla el alma el foco donde se concentran los rayos de verdad que esparcen todos los seres, la gota de rocío y los inmensos mares, la yerba del campo y el cedro de la montaña, el grano de arena y el astro luminoso, la roca y el brillante, el infusorio y el cetáceo, el hombre y el ángel; es que en Jesucristo se halla el alfa y el omega de la historia del mundo; la palabra que todo lo explica, el sér que todo lo contiene; el héroe del gran poema del Cristianismo, para quien y por quien todo se destaca, se ilumina, se relaciona y desenvuelve, Dios y sus atributos, la creación con sus maravillas, la humanidad con sus agitaciones, el cielo y sus misterios, la tierra y sus pruebas, el infierno y sus furores, el bien y el mal, la libertad y la Providencia, el pecado y la gracia, la vida y la muerte; grandioso pedestal, sobre el que se eleva la majestuosa figura del Hombre-Dios, esparciendo con su amorosa sonrisa la sabiduría, la verdad, la justicia, la paz, la gloria, la fuerza, el progreso, la estabilidad y armonía de las almas, de las familias, de los imperios, del mundo, como el sol derrama la luz que da colorido y belleza á la creación. Intento, pues, señores Académicos, estudiar la obra en que vive y se perpetúa Jesucristo, en las relaciones que la estrechan con el movimiento intelectual, moral y material que ha realizado el hombre, obedeciendo libremente á la ley providencial que determina la Historia: deseo demostrar que *Jesucristo es la ley providencial histórica; como que el mundo antiguo le prepara y espera, y el mundo nuevo le recibe y prolonga, en el desarrollo de su reinado social, por medio del Catolicismo en que vive para civilización del mundo.*

No se me oculta la dificultad que engendra la inmensa vastedad del asunto, para circunscribirlo á los límites de un discurso; ni olvido, que sabios de consagrado renombre le han estudiado profundamente en todas sus fases. Mas esto último confirma mi decisión; que en los ricos arsenales de su doctrina hallaré armas de probado temple para destruir el ídolo racionalista, que arrebató hoy las adoraciones de muchedumbres inconscientes ó degradadas; y ante el recuerdo glorioso del pasado católico, y en presencia de su acción inmaculada y divina en todas las esferas de la actividad intelectual, aparecerá, de una parte, la injusticia con que en nombre de la ciencia y del progreso se proscribió al Cristo-Dios de la vida privada y pública de las sociedades, y de otra, la fundada esperanza de su universal triunfo en la conciencia, en las costumbres, en la verdad y en el derecho. Sed, pues, benévolos para escucharme.

Dos pavorosos acontecimientos sirven como de vértices que soportan los dos ejes sobre que gira y en torno de los cuales se desenvuelve la historia del humano linaje; la caída del hombre en el Paraíso, y su redención en el Calvario. Entre esas dos etapas de la vida del mundo descuella la persona histórica de Jesucristo. A ella convergen todas las fuerzas del mundo antiguo, como á centro de universal esperanza; de ella parten todas las luces que han alumbrado el horizonte de las sociedades cristianas; y, como ha escrito el mismo racionalismo, por la pluma de uno de sus más célebres corifeos (1); «El acontecimiento capital del mundo es la revolución por la cual las más nobles porciones de la humanidad han pasado, de las antiguas religiones comprendidas con el nombre vago de paganismo, á una religión fundada en la unidad de Dios, la Trinidad, la Encarnación del Hijo de Dios, etc. El origen de esta revolución (dice) es un hecho que tuvo lugar en los reinados de Augusto y de Tiberio. Entonces vivió una persona superior (mejor hubiese dicho un Hombre-Dios) que por su atrevida iniciativa y por el amor que supo inspirar, creó el objeto y colocó el punto de partida de la Fé futura de la humanidad. La historia entera es incomprendible sin Él.» ¡Salud, señores Académicos, de nuestros

(1) Renan.—*Vida de Jesús*.

enemigos! ¡La historia entera es incomprendible sin Jesucristo! cierto de toda verdad: el movimiento de la historia antes de Jesús tiende providencialmente á preparar la humanidad para la regeneración; después de Jesús se dirige á la difusión de su doctrina y establecimiento de su reinado espiritual en las almas y social en las naciones.

Cuando estudiamos esos dos grandes pueblos que llenan la historia durante cuarenta siglos, el pueblo gentil, es decir, todas las naciones entregadas á la idolatría y al politeísmo, respirando penosamente una atmósfera impregnada de vicios, de sensualismo, de despotismo tiránico arriba, y vil servidumbre y esclavitud abajo, y el pueblo judío, encerrado en su santuario, conservando viva, al calor del fuego del sacrificio, la unidad de Dios, sin que bastaran á quebrantar su firmeza las duras cadenas que arrastró por las márgenes del Nilo; ni las lágrimas que derramaron sus ojos en las orillas del Eufrates bajo los llorosos sauces; ni la fuerza conque Alejandro pretendió uncirle al yugo de su soñada dominación universal; ni los cantos de las nereidas y las sirenas de Grecia, repetidos por los Seleúcidas á sus oídos para obligarles á prosternar su frente ante los altares paganos; ni el carro vencedor de Antíoco, que presumió trillarle bajo sus ruedas: cuando contemplamos esas dos razas, á quienes unen sin embargo en lo pasado y en lo porvenir el recuerdo de una felicidad perdida, de un paraíso ó edad de oro, y la esperanza de la reparación de la culpa, no puede menos de comprender la inteligencia, que las monarquías asiáticas, como la griega y romana, se suceden en el imperio del mundo, preparando en el orden material la grande unidad que había de servir de gigantesca pirámide, donde, colocada la luz profética que Israel custodiaba en sus sagrados libros y tradiciones, alumbrase la cima del Calvario, para que la humanidad viese en el Cristo pendiente de la cruz, el redentor del pecado, el consumidor de la Fé, el restaurador de las sociedades y el único principio de progreso para el alma; mientras oscuras nubes, cual fúnebres crespones, velaban la luz de los astros, como si los cielos se negasen á contemplar el deicidio que perpetraba una nación ingrata y réproba.

Sí, señores Académicos, durante la edad pagana, Israel es el centro de todo el movimiento histórico. En su santua-

rio conserva incólume la grande idea de la unidad de Dios, que recibe en alborada de su existencia, cuando el primer canto de la creación inundaba aún los espacios de dulcísimas armonías; idea que esparcirá la raza semítica después de salvada de las turbias y embravecidas aguas del diluvio; que arde pura bajo la tienda nómada del desierto, cuando Abraham recibe las promesas de una posteridad más numerosa que las estrellas del cielo; que alienta su pecho cuando, bajo el látigo de los Faraones, amasa con sus lágrimas el ladrillo con que fabrica palacios á sus déspotas; idea que se engrandece al pie de la montaña del Sinaí, cuando recibe la grandiosa legislación del Decálogo entre el fragor de la tormenta y la luz aterradora del relámpago; que le alienta para pulverizar bajo sus plantas el poderío de sus enemigos, y le sostiene cuando, atadas las manos, cárdeno el pecho y ensangrentada su planta, camina á Babilonia, oprimido con los hierros del cautiverio; idea grandiosa que inspira á sus profetas, da autoridad á sus reyes y sabiduría á sus jueces; que cantan en cadencioso ritmo sus sacerdotes; que orna sus frentes cuando recorren las calles de Jerusalén entonando el hosanna de la victoria; idea que, conservada con inaudita constancia, con intolerancia severa, que impide la adúlteren ó mancillen los errores de los pueblos incircuncisos, realiza la grande obra de la Providencia, haciendo de ese pueblo, como ha dicho un publicista (1), la base de todos los templos, de su libro el proemio de toda la Religión y de sus reyes los progenitores de Jesucristo.

En derredor de esa pequeña nación, sagrario misterioso que conservaba inmaculados los gérmenes de verdad religiosa y social que recibiera el hombre de los labios del Eterno, al elevarle con mano bondadosa al trono augusto de la creación, surgieron potentes imperios y vastas nacionalidades, cuyo paso por la tierra marcaron regueros inmensos de sangre humana.

Nemrond funda en las llanuras del Sennaar el imperio de los Caldeos, dando origen á la expulsión de la raza de Sem y á la emigración armada de la raza Cham; y al suce-

(1) Castelar.—*Influencia del Cristianismo en la Civilización*, etc.

derle Uruck, que engrandeció á Babilonia con magníficas construcciones monumentales, siente abatido su poderío ante la raza japhética, que establece la dinastía de los Medos, en que Codo-lahomor extiende sus fronteras hacia el Mediterráneo y el Egipto, viéndose humillado por Abraham, que le vence y rescata á Lot, y su familia, cuando regresaba victorioso de los reyes de Sodoma, Gomorra y Zeboín, cediendo poco después su trono á los Árabes invasores, que se extienden en la región comprendida entre el Eufrates y el Tigris. Asur echa los cimientos de la opulenta Nínive, y bajo el cetro de Bel nace el primer imperio asirio, en que se destacan los nombres de Nino y Semíramis; Sardanápalo pone término á sus escándalos y vicios entre las llamas de la pira en que se arroja con sus mujeres y riquezas, y la nueva monarquía asiria que representa Belesis y que engrandeció Sargón, apoderándose de Samaria, Armenia, Chipre y parte del Asia, contempla deshecha y pulverizada toda su grandeza ante la espada de Nabopolasar, que funda la monarquía caldeo-babilónica, engrandecida en Nabucodonosor y trillada bajo las ruedas del carro vencedor de Darío, poco después que Baltasar, el último de sus monarcas, se embriagaba de placeres y de vino, profanando los sagrados vasos que arrebató del templo santo de los hebreos.

En el país limitado por el mar Negro, el Mediterráneo y el Egeo, alzáronse las pequeñas monarquías asiáticas; Frigia y Troya destruida por los Griegos en tiempo de Priamo; Lidia, en que reina Creso, amontonando fabulosas riquezas; Armenia, fundada por Haig y conquistada más tarde por Tórgoma, nieto de Japhet; la Georgia, humillada bajo el yugo de la servidumbre y hecha el serrallo de los orientales; Escitia y las regiones del Cáucaso, célebres por sus guerreras amazonas, según Herodoto; desde las riberas del Indo hasta la Arabia y la Etiopía, y desde el Bósforo hasta el mar Caspio y el Jajarte, brillan las monarquías de los Persas y Medos, rama desgajada del tronco Aryo. cuya grandeza toca su cenit en Darío I, y cuyas glorias sepulta bajo el polvo que levantan sus ejércitos Alejandro Magno, vencedor en Gránico, Ipso y Arbela.

Rico en producciones, de feracidad abundosa de variada belleza, levántase el país que baña con sus ondas el caudaloso

Nilo. Allí se alzaron Tebas y Menphis, la de los hondos misterios; sobre su suelo pasó la lava de los Hycsos ó Sa-sú, que introdujeron el Sabeismo astrológico, que en tan alto grado corrompió el culto primitivo; en su desierto alzó el genio esas molles gigantescas de piedra, sepulcro de sus monarcas; allí llegó el Egipto á su mayor esplendor bajo el cetro del conquistador Sesostris, dominado después por los Persas, hasta que su vida sufre radical mutación al ser fundada Alejandría y constituida en centro comercial é intelectual del Oriente. Coronadas por los espesos bosques de cedros que cubren el Líbano, resplandecieron ricas y opulentas Sidón y Arat, Tiro, Biblos y Berito, las quillas de sus atrevidas naves rompieron las misteriosas olas del Atlántico: al influjo de su acción comercial brotaron en Asia, Lais, Nisive, Loodisea y Ascalón; en Grecia, Tebas; Citium en Chipre; Panormo en Sicilia; Cádiz, Má'aga, Adra é Hispalis en nuestra patria; Hipona, Cambó, Adrumeto, Utica y Cartago en Africa, hasta que tanto poderío cede al empuje invencible de la espada que empuñaba el grande hijo de Filipo. Aparece la India con sus fértiles valles de Cachemira y sus abrasados arenales del Indostán, con sus castas y sus razas, sus pagodas y sus palacios, sus libros Vedas, el código de Manú, y los poemas épicos el Ramayana y el Mahabarata, en ardiente lucha con Darío, después con el vencedor macedonio, hasta ser subyugada por los Arabes: la China aislada por sus inaccesibles montañas y mares tempestuosos, víctima de sangrientas guerras civiles durante tres siglos y medio, inmóvil en la vida intelectual y moral, con la inmovilidad rígida del cadáver, bajo la influencia antisocial del Budismo; en suma, ese conjunto de naciones, sociedades y civilizaciones que desarrollan el primer período del gran drama de la historia en su edad pagana, con sus luchas aventureras, sus conquistas insaciables, sus comunicaciones comerciales, no menos que sus errores y degradaciones, han preparado la hora en que «la Europa recoja el cetro de la civilización caído de las manos envilecidas de los tiranos de Oriente para concentrar en sí toda la vida de la humanidad. En Europa se asienta la raza de Japhet; audaz, inteligente y dominadora; y por medio de largas y laboriosas emigraciones se prepara á los

(Continuará)